



Palabras del Comité Evaluador
Sexta edición, Premio al Libro Periodístico
2025

En un tiempo de fronteras porosas entre géneros, y entre ficción y no ficción, que se extiende incluso a las noticias inventadas, ¿qué es un *libro periodístico*, ¿cuáles son sus fronteras y cuál es su lugar en el discurso público? Dado que un premio puede ir creando una escuela, nos pareció importante precisar ciertas preguntas que tomaron forma en las conversaciones del comité y a las que, por fortuna, resultó imposible dar respuestas únicas. Hay que decir también que el ejercicio de leer libros no puede aislarse de este tiempo en el que han cambiado las formas de narrar –las formas de los libros– ni de este país en el que se inscribe el premio. Como un espejo que nos mira y en el que nos miramos, estas seis ediciones, y las que vendrán, escriben una memoria de la producción editorial de no ficción de este país.

En la versión de 2025 encontramos los habituales temas sobre el conflicto armado, los desafíos que suscitan los acuerdos de paz y el trabajo sobre la verdad, la justicia y la memoria histórica, pero observamos un cambio de matiz hacia una memoria “emocional” que desplaza el foco, del terreno de lo factual, al de lo íntimo. A grandes rasgos, la muestra nos revela un país dinámico que está albergando asuntos antes relegados al ámbito privado –los derechos sexuales y la historia de las luchas feministas, las identidades diversas, las artes, los vínculos familiares, la infancia, las migraciones, el impacto de la política y de las decisiones de Estado en las vidas particulares– escritos con voces y registros que hace unos años tampoco se consideraban periodísticos.

Pensamos que la idea de *libro* entraña cierta lentitud, contrapuesta a las urgencias de la inmediatez y de la coyuntura. Desde esa perspectiva, seleccionamos libros en los cuales se infería un proceso y en los que esa decisión de sustraerse a la urgencia se notaba en la manera de decantar los hechos, de releerlos y darles forma. Ese trabajo de “pensar la forma” –la forma del libro– que involucra una planeación y un diseño editorial, y una elaboración *en* el lenguaje para sostener, desde el principio hasta el final un proyecto, se vio en algunos libros que lograron mantener las voces, los pactos narrativos o las expectativas propuestas al lector, más allá de los capítulos iniciales. En el proceso de selección se fueron quedando libros que olvidaron los personajes y la materia narrativa

por privilegiar la auto ficción en temas que requerían de otros abordajes, y que les quitaron foco a las historias, y hubo otros que borraron las sombras indispensables para distinguir a un ser humano de una estatua o una hagiografía. En una difusa frontera no resuelta entre ficción y periodismo, se perdieron también libros con muy buenas intenciones, y anotamos otra confusión frecuente entre escritor e *influencer*, como si el hecho de contar con muchos seguidores en una red social o el de ser considerado un “personaje” de la farándula o de la política bastara para escribir y publicar un libro. Esa confusión quizás hace parte de otra que se preocupa más por el *marketing* que por los oficios de escribir y editar, y que redundo en la proliferación de autores instantáneos, sin obra y sin voz propia, que se publican para vender en temporada. (En algunas obras, nos pareció notar la contribución de “escritores fantasmas”, humanos o artificiales, pero no tenemos pruebas).

Lo que sí pudimos comprobar, en un número considerable de libros, fue una deficiente calidad de la escritura que se manifestaba en problemas ortográficos y sintácticos elementales, y que nos llevó a preocuparnos por el borramiento de los correctores de estilo y de los editores. Esa otra confusión de términos entre un proceso editorial y un procesador de lenguaje se reflejó también en la publicación de libros con páginas sobrantes, que se habrían salvado gracias a las tijeras de un editor agudo, o en la premura que afectó a otros que se habrían beneficiado con un tiempo más amplio para terminar tan bien como empezaban, o para dejar de ser meras recopilaciones y devenir en libro. Aunque otros comités lo han dicho en sus discursos, reiteramos la preocupación por el impacto de la inteligencia artificial en los oficios del libro: si el traductor, el corrector de estilo, el diagramador y el editor se vuelven prescindibles, es posible predecir que cada vez llegarán más libros a la convocatoria, pero que cada vez será más fácil separar el grano de la paja.

Puesto que este concurso no premia manuscritos sino libros, queremos recordar que es el editor (o el conglomerado editorial, ahora en muchos casos) el que resuelve la distancia entre el texto privado, que es del autor, y el libro, que es un bien público y, por lo tanto, publicar es una responsabilidad colectiva que influye en la formación del pensamiento y del capital cultural del país. En ese sentido, los autores y las obras premiadas, y otras que nos interesaron y valoramos mucho a pesar de no estar hoy aquí, nos permiten leer entre líneas un trabajo de equipo, riguroso y lento que, en medio de las dificultades resiste, e insiste en hacer buenos libros.

A todos y todas ellas, y al concurso, les deseamos muchas ediciones más.

Yolanda Reyes

Noviembre de 2025